

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

Editorial	3
Thomas Söding   <b>La profecía de la vejez. Una promesa en el Nuevo Testamento.</b>	6
Bernard Schumacher   <b>Recibir la ancianidad</b>	17
André Vingt-Trois   <b>Un momento de verdad.</b>	27
Ysabel de Andia   <b>Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono.</b>	32
Ivica Raguž   <b>Una pequeña teología de la vejez</b>	37
Luis Baliña   <b>Envejecer como acontecimiento de la misericordia</b>	53
Matías de Martini   <b>El desafío de una mirada positiva sobre la vejez</b>	58
María Isolina Dabove   <b>Derecho de la vejez. Principios y alcance</b>	66
Grégori Solari   <b>La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer</b>	74
<b>PERSPECTIVAS:</b>	
Alberto Espezel   <b>Resurrección y teología actual</b>	80

# Una pequeña teología de la vejez

—  
Ivica Raguž\*

*De allí que se pueda pasar de la vejez y las arrugas a la juventud,  
y es asombroso que mientras el cuerpo va de la adolescencia a la ancianidad,  
el alma, si llega a la madurez, pasa de la ancianidad a la adolescencia*  
Orígenes, *Hom. in Ez. XIII*, 2<sup>1</sup>

Es bien sabido que la sociedad europea está envejeciendo y que es posible que las personas de la tercera edad constituyan la mayoría de la población en el futuro cercano. El tiempo de vida se prolonga, mayormente gracias a las mejores condiciones de vida, como también al inmenso desarrollo de la medicina moderna. Esto probablemente lleve a la situación de que las personas vivan quizás la mitad de sus vidas en una edad avanzada. Uno de los temas candentes relativos a la vejez se relaciona con la forma de morir, la cuestión acerca de la fase final de la vida ante enfermedades incurables, especialmente discusiones sobre la eutanasia y los medios artificiales para prolongar la vida, el tema de las enfermedades mentales relativas a la vejez y otros temas similares. Además, en la sociedad actual la vejez no es sólo un hecho, sino que también es percibida como un problema y hasta casi como una vergüenza. Como mostraremos, hoy se celebra sólo la juventud, y es casi ofensivo decir que alguien es viejo, que tiene aspecto de viejo. Esta visión negativa de la vejez afecta asimismo a otras edades, especialmente las de la adultez y la niñez.<sup>2</sup> En efecto, mientras que la adultez estaba anteriormente estrechamente relacionada con el hecho de formar una familia y tener hijos, así como de encontrar un trabajo estable, ambas realidades son hoy objeto de cuestionamiento. Hoy en día es raro que alguien quiera ser maduro, asumir responsabilidades y menos aún ser anciano. Todos quieren ser jóvenes, el eterno “Peter Pan”, y por supuesto jóvenes sin necesidad de tomar decisiones, especialmente aquellas decisiones que determinan el curso de la propia vida.

---

\* Ivica Raguž, nacido en 1973, es profesor en la Facultad de Teología Católica de Đakovo en Croacia; también es director de la revista *Communio* en Croacia.

<sup>1</sup> *Licet igitur a senectute et ruga ad iuventam transcendere et hoc est in hac parte mirabile, quod corpus ad adulescentia pergat ad senium, anima vero si venerit ad perfectum, a senecta in adulescentiam transmutatur.*

<sup>2</sup> Cf. A. Matteo, *Tutti muoiono troppo giovani. Come la longevità sta cambiando la nostra vita e la nostra fede*, Soveria Mannelli, 2016.

Estos y otros muchos temas representan un inmenso desafío para la Iglesia. A lo largo de su historia, la Iglesia siempre ha desarrollado un cuidado pastoral de los ancianos, y esta tarea es hoy más importante y actual que nunca. El objetivo de la presente reflexión es contribuir a ello. En el primer capítulo hablaremos en términos generales sobre las características, dificultades, pero también las formas distorsionadas y erróneas de vivir la vejez. En el segundo capítulo nos referiremos a la teología de la vejez basada en las Escrituras y en la tradición teológica.<sup>3</sup>

## 1. Acerca de la vejez y sus dificultades

1. La vejez comienza en el momento en que una persona se da cuenta de que el tiempo que tiene a su disposición va mermando, que el pasado vivido sobrepasa al futuro que le espera. El futuro y las posibilidades que conlleva se vuelven cada vez más limitados, el marco para lo nuevo y la apertura hacia lo nuevo se reducen cada vez más, lo que contrasta con la juventud, que se define fundamentalmente a través de una apertura hacia lo nuevo, hacia el futuro: “Viven en el recuerdo más que la esperanza; ya que la vida que les queda es corta, pero la vida pasada es larga, y la esperanza pertenece al futuro, el recuerdo al pasado. Ésta es la razón detrás de su locuacidad; porque están hablando incesantemente del pasado, porque se deleitan en recordar”.<sup>4</sup> Por ello, una persona se vuelve vieja en el momento en el que su futuro pierde importancia, es decir cuando retorna una y otra vez al pasado y vive en él. En una palabra, mientras que las personas jóvenes disponen de tiempo y no reparan en el paso del tiempo, las personas ancianas no disponen de tiempo y sienten la presión, el “acortamiento” del tiempo. La experiencia del mundo y el espacio está conectada con el sentido del tiempo. Según Jean Améry, el tiempo marca el mundo y el espacio. Por eso es que, cuando el tiempo se “acorta”,

---

<sup>3</sup> Dentro del rico caudal de obras sobre el tema consultamos las siguientes obras: J. Améry, *Über das Altern: Revolte und Resignation (On Aging: Revolt and Resignation)*, Stuttgart, 2016; I. Raguž, *Uvod u teologiju životnih doba (Introduction to the Theology of Age)*, en: IDEM, *Teološki fragmenti (Theological Fragments) I*, Đakovo, 2016, págs. 72-75.; IDEM, *Razgovori s prijateljima. Montaigne – Nietzsche (Conversations with Friends Montaigne – Nietzsche)*, Panni, Đakovo, 2016, págs. 50-52.; M. Kehl, *Altern in Würde*, in: *Geist und Leben* 90 (2017),1, págs. 6-15.; N. Bobbio, *De senectute e altri scritti autobiografici*, Roma, 2006.; O. Marquard, *Theoriefähigkeit des Alters*, en: IDEM, *Philosophie des Stattendessen*, Stuttgart, 2000, págs. 135-139; IDEM, *Zum Lebensabschnitt der Zukunftsminderung*, en: *Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung. Jahrbuch 2006*, Darmstadt, 2007, págs. 116-119; R. Redeker, *Bienheureuse vieillesse*, Mónaco, 2015; P. K. Liessmann, *Schandmaulkompetenz. Eine kleine Philosophie des Alters* ([http://vgs.univie.ac.at/\\_TCgi\\_Images/vgs/20090512120048\\_QS26Liessmann18-29.pdf](http://vgs.univie.ac.at/_TCgi_Images/vgs/20090512120048_QS26Liessmann18-29.pdf); descargado el 2 de septiembre de 2017).

<sup>4</sup> Aristóteles, *Retórica* II, 13.

también el mundo y el espacio pierden su importancia.<sup>5</sup> Ello puede verse en el hecho de que las personas ancianas tiendan a quedarse en el lugar que les es familiar, en el que hay menos movimiento. Así, las personas ancianas viven más en el pasado, en sus recuerdos del pasado, y saben mejor lo que ocurrió en el pasado que los hechos de reciente data.

Como bien indica Jean Améry, esto provoca un sentido de “alienación cultural”<sup>6</sup> en las personas ancianas. Dado que viven cada vez menos en el presente, las personas ancianas se encuentran alienadas de la sociedad y la cultura modernas. Las personas ancianas no están “al día”, viven en sus propias ideas, los libros que han leído y formas de ver el mundo. Para ellos es difícil abrirse a los cambios culturales, y cuando lo logran, los adultos miran a esa apertura de los ancianos hacia lo nuevo con desconfianza, porque no son ellos quienes han creado lo nuevo. Otra vez Améry resume esto muy bien al decir que para los ancianos “no sólo su cuerpo – que se transforma de algo que se lleva a algo que les pesa, una carga – sino incluso su cultura se convierte en un peso y una tribulación, como un corazón insuficiente, un estómago sensible o una mandíbula débil”.<sup>7</sup> Si a ello le sumamos que la cultura moderna está definida por fases y cambios continuos, así como los descubrimientos tecnológicos y de otro tipo que ocurren a diario, el sentimiento de alienación de los ancianos respecto de la sociedad moderna aumenta cada vez más.

Además, esto se relaciona con la gran relativización del rol anteriormente importante que se les asignaba a los ancianos en la sociedad con respecto a la sabiduría. En las sociedades tradicionales, en el pasado, los ancianos conservaban en sus memorias el recuerdo de una sociedad y una familia en particular. Hoy en día, en las sociedades no tradicionales – sociedades que se están volcando por entero al futuro – no se le da importancia a la sabiduría de los ancianos. Es más, para ser “sabios” en la sociedad de hoy, las personas ancianas deben aprender de los jóvenes, es decir – como lo advirtió el filósofo austriaco

---

<sup>5</sup> J. Améry, *Über das Altern: Revolte und Resignation*, p. 31s. Aquí podemos mencionar que Jean Améry ha ofrecido probablemente la mejor exposición sobre la fenomenología de la vejez y sus dificultades. Pero como el título mismo del libro indica, para Améry, que es ateo y terminó suicidándose, la vejez sólo causa resignación. El filósofo francés no ofrece ninguna solución para los ancianos fuera de la desesperación y la resignación. La contribución del libro de Améry consiste en presentar la vejez de modo totalmente realista, con todas sus fatigas y tribulaciones, además de mostrar que todos los intentos de la sociedad moderna por combatir la vejez son soluciones baratas y en definitiva sin sentido. Aunque suene paradójico, un acercamiento a la vejez con un grado tal de nihilismo prepara el camino para la única forma adecuada y verdadera de vivir la vejez que no se basa en las soluciones baratas y sin sentido de este mundo, y esa forma adecuada es vivir la vejez en la fe de Jesucristo.

<sup>6</sup> J. Améry, *Über das Altern: Revolte und Resignation*, págs. 107-136.

<sup>7</sup> *Ibid*, pág. 121.

Paul K. Liessmann, formulándolo como un verdadero parámetro para las personas ancianas – que la única forma en que ellos pueden sobrevivir en la sociedad moderna no tradicional es siendo y manteniéndose jóvenes.<sup>8</sup>

Aquí nos encontramos con la primera dificultad, y también con lo difícil que resulta vivir la vejez en la sociedad de hoy, y que consiste en que la sociedad, condicionada por la ideología de la juventud como único criterio (jeunisme) de autorrealización y éxito, obliga a los ancianos a ser jóvenes, a comportarse como gente joven, y a pensar y actuar como gente joven. Esto se puede percibir especialmente en la ropa, donde hoy no se ve más una distinción entre gente mayor y más joven. Entre las mujeres, pero hoy cada vez más también entre los varones, existe una gran obsesión con la cirugía estética y soluciones “anti-aging”. Pero esta alienación del presente y el futuro también puede causar en las personas ancianas un sentimiento de pesimismo extremo, una negatividad hacia todo lo que existe. Ya Aristóteles escribió al respecto: “Ya que, debido a que han vivido ya muchos años y han sido defraudados por otros o por el hecho de haber cometido ellos mismos más errores y dado que la mayoría de las cosas humanas tienden a salir mal, no son positivos con respecto a nada, y muestran en todo una excesiva falta de energía. [...] Son maliciosos; porque la malicia consiste en ver el lado peor de todo. Además, son suspicaces debido a la desconfianza, y desconfiados debido a su experiencia”.<sup>9</sup>

2. La segunda característica y la segunda dificultad es la pérdida de la fortaleza física. En la vejez, el cuerpo se torna cada vez más “masa” y cada vez menos “energía”, como escribe Améry, y continúa: “Pierna miserable, corazón imprevisible, estómago rebelde: ustedes me lastiman, son mis adversarios. Querría tocarlos y cuidarlos y compadecerme de ustedes, y también arrancarlos de mi cuerpo y reemplazarlos. Mi mente nada con el pensamiento de que yo soy mi pierna, mi corazón, mi estómago, que soy cada una de mis células vivas e incluso de aquéllas que se renuevan lentamente – y al mismo tiempo sigo sin ser esas células. Me estoy convirtiendo en un extraño para mí mismo al tiempo que me acerco más a ellas y sin embargo, al hacerlo, me estoy volviendo yo mismo”.<sup>10</sup> El cuerpo no es lo que era antes, se cansa fácilmente, lleva las penurias del día con mayor dificultad, la movilidad y el vigor disminuyen, el metabolismo se vuelve más lento. Después de cada recuperación de una enfermedad y de una invalidez, el cuerpo pierde fuerza y ya no es más lo que era antes.

---

<sup>8</sup> P. K. Liessmann, *Schandmaulkompetenz. Eine kleine Philosophie des Alters* ([http://vgs.univie.ac.at/\\_TCgi\\_Images/vgs/20090512120048\\_QS26Liessmann18-29.pdf](http://vgs.univie.ac.at/_TCgi_Images/vgs/20090512120048_QS26Liessmann18-29.pdf); acceso del 2 de septiembre de 2017).

<sup>9</sup> Aristóteles, *Retórica*, II, 13.

<sup>10</sup> J. Améry, *Über das Altern: Revolte und Resignation*, pág. 61.

Aparecen además ciertas enfermedades menores, presión arterial alta, dolor en los huesos y en las rodillas, disminución de la visión y el poder auditivo. En su corporeidad, el hombre se vuelve un extraño para sí mismo, luchando con el hecho de ser, y a la vez no ser, el mismo. Su cuerpo se vuelve cada vez menos permeable, abierto, y cada vez más una especie de coraza dura, una “tumba”, como lo percibía Platón (*soma – sema*). De alguna manera, el cuerpo obliga al hombre anciano a volverse un ser aislado del mundo, a ese “envejecimiento cultural” ya mencionado. No tiene más la fuerza para aprender, para abrirse hacia lo nuevo, y se vuelve un ser cansado y tedioso.

Esta endebles y este debilitamiento general se manifiestan especialmente, como bien reconoció Cicerón en su *De Senectute*, en habilidades muy limitadas para disfrutar de la comida y la bebida. La comida no conlleva más el placer, como antes, porque se percibe cuán perjudicial es ella para el cuerpo, volviéndolo obeso, lánguido, y causando la debilidad general del cuerpo. Pero, además, con la edad avanzada la bebida empieza a producir menos placer, porque está relacionada en mayor o menor medida con la consumición de alimentos, y el cuerpo tiene una menor capacidad para tolerar el alcohol, que le causa dolores de cabeza, presión arterial alta y fatiga – mucho más que durante la juventud. Finalmente, el debilitamiento del cuerpo también afecta la potencia sexual del hombre. Al cuerpo le resulta más difícil relajarse, está más expuesto a las preocupaciones y penurias cotidianas, le es más difícil alcanzar el placer, es más fácil cansarse después, y por sobre todo es frecuente que el cuerpo no pueda seguir la voluntad y al deseo, lo que también causa una falta de interés en una relación íntima, sexual.

Tal cambio puede también, en la vejez, causar ciertas maneras de vivir problemáticas. En ciertas personas el debilitamiento general del cuerpo causa aquello que Jean Améry llama “narcisismo melancólico”.<sup>11</sup> El debilitamiento del cuerpo obliga a las personas ancianas a obsesionarse con su cuerpo, lo cual los pone en un círculo de amor y odio hacia su propio cuerpo. Asimismo, el debilitamiento del cuerpo es para muchas personas ancianas una tragedia que conlleva un sentimiento de resentimiento y languidez. Esta languidez se manifiesta en el entregarse a los placeres existentes, en especial la comida y la bebida. Muchas veces, este disfrute de comida y bebida vuelve a los ancianos más viejos aún, aún más cansados y más lánguidos. Algunas personas mayores, sin embargo, no quieren aceptar su nueva situación. No escatiman esfuerzos para tratar de hacer que su cuerpo parezca más joven.

---

<sup>11</sup> Cf. *Ibid*, págs. 50-53.

3. La tercera característica y la tercera dificultad de la vejez es la jubilación, un corte con las actividades habituales en las que uno ha estado involucrado durante toda su vida, cuando uno ingresa en el tipo de jubilación que Norberto Bobbio llama una “jubilación burocrática”. En muchas personas mayores, esto provoca un sentimiento de falta de valoración personal y, en lo social, de inutilidad. Este sentimiento suele resultar en que vean en todo una pérdida de respeto hacia ellos. A las personas mayores les impacta especialmente el hecho de que la sociedad moderna valore sólo las llamadas “actividades instrumentales”, es decir aquellas que conllevan una cierta ganancia, un cierto beneficio. Por el otro lado, las personas mayores están condenadas a las actividades no instrumentales, casi se diría actividades contemplativas (hobbies, hacer vida social y cuidar a los niños), las cuales en la sociedad actual no son valoradas o, en el mejor de los casos, no son consideradas importantes y valiosas. Por esta razón, algunas personas mayores tratan de evitar jubilarse a toda costa, se sienten abrumadas por los jóvenes y, por envidia, buscan evitar que las generaciones jóvenes asuman más responsabilidades.<sup>12</sup> O intentan continuar en el mismo rol, lo que los lleva a un cansancio extremo, a la depresión y a enfermarse físicamente.<sup>13</sup>

4. La cuarta característica y dificultad de la vejez es el miedo a la muerte. La vejez aparece en el momento en que la persona toma conciencia de la muerte, bajo la forma del miedo a la muerte. Las personas jóvenes no le tienen miedo a la muerte, casi nunca piensan en la muerte; la muerte no es un tema para ellos ni siquiera cuando están gravemente enfermos. Van al límite, sin pensar si lo que hacen podría causarles la muerte o no. Los ancianos, por el otro lado, tienen miedo de todo, hasta del más leve resfrío por temor a que en él yazga la muerte. Esta experiencia intensa de la muerte cobra aún más intensidad por el hecho de que la gente anciana se vuelve cada vez más solitaria si sus compañeros de vida, amigos y conocidos ya están muertos o gravemente enfermos, y hoy en día lo primero que leen en el diario son los avisos fúnebres.

---

<sup>12</sup> Romano Guardini señala con razón que frecuentemente las personas ancianas son responsables ellas mismas por la actitud negativa que la sociedad tiene hacia ellas, cuando se vuelven insostenibles debido a su egoísmo y su ánimo negativo respecto de todo lo nuevo, los jóvenes y los adultos. Véase R. Guardini, *Ethik. Vorlesungen an der Universität München*, I, Mainz - Paderborn, 1993, pág. 656.

<sup>13</sup> Ya Aristóteles indicó que las personas ancianas pueden interesarse más por lo útil que por lo bello (noble): “Y viven no para lo noble, sino para lo útil, más de lo que deberían, porque son egoístas; ya que lo útil es bueno para el individuo, mientras que lo noble es bueno de modo absoluto” (*Retórica* II, 13). En la sociedad de hoy, una sociedad de lo útil y del interés, los ancianos están todavía más expuestos a la tentación de suscribir esta ideología, de cuidar “de ellos mismos”, para su propio beneficio, lo que está relacionado, en particular, con la tendencia de los ancianos hacia la codicia y la avaricia.

Podríamos mencionar también otras características relacionadas con la vejez, pero las mencionadas arriba bastan para mostrar que la vejez conlleva ciertas particularidades que no ocurren en otras etapas de la vida, particularidades que pueden hacer que la vejez se vuelva una etapa infeliz, sin sentido y llena de frustraciones. Así, hasta las Escrituras advierten sobre la vejez: “Más vale un joven pobre y sabio que un rey viejo y necio, que ya no es capaz de hacerse aconsejar.” (Ecl 4,13); “Pero hay tres clases de gente que aborrezco y que me irritan por su manera de vivir: un pobre soberbio, un rico mentiroso y un viejo adúltero que ha perdido el juicio. Si no has ahorrado en la juventud, ¿cómo vas a encontrar algo en tu vejez?” (Ecl 25,2-3). Ahora expondremos cómo la fe cristiana entiende la vejez y qué orientación provee para una vejez con sentido, una vejez imbuida por la salvación en Jesucristo.

## 2. La vejez en el cristianismo

1. Hemos visto que la primera y la más importante de las características de la vejez es la experiencia de que el pasado prevalece sobre el futuro: el pasado se va volviendo cada vez “más largo”, el futuro “más corto”. Por ello, las personas ancianas están expuestas al peligro de vivir completamente en el pasado, cerrados a todo futuro, a todo lo nuevo. Sin embargo, para los cristianos, la vejez no es el fin de la vida humana, no es el fin sin un futuro, sino más bien un nuevo comienzo como futuro en la comunión plena con Jesucristo. Esto significa que para los cristianos la vejez es la edad de la esperanza, no de la desesperanza; la edad del futuro, pero del futuro entendido como el advenimiento, como la venida de Dios que viene a nuestro encuentro. En este sentido, los ancianos cristianos no caen en la desesperanza de la nada, como ocurre con los no creyentes, ante la cual se quedan sólo con una pena angustiante y en definitiva con el sinsentido del mero recuerdo del pasado (Norberto Bobbio), sino que van al encuentro, es decir, saben que Alguien más va a su encuentro, y ese es Jesucristo. Por eso, para los cristianos, la vejez es fundamentalmente la edad de la esperanza, entendida como un ir al encuentro del Señor. Es verdad que todas las edades de la vida deberían ser una edad de la esperanza, pero en la vejez el hombre debería tener una especial conciencia de que lo único que da pleno sentido y felicidad es el encuentro con Jesucristo. La vida del hombre sólo tiene sentido si se salva en Cristo Jesús.

Esto se aplica también a la forma de entender el tiempo. Para todos los cristianos, no sólo para los ancianos, el tiempo como tal es “corto”, como dice San Pablo: “Lo que quiero decir, hermanos, es esto: queda poco tiempo. Mientras tanto, los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran,



como si no lloraran; lo que se alegran, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran nada; los que disfrutaban del mundo, como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo es pasajera.” (1 Cor 7,29-31). El tiempo es “corto”, y “acortado” por la presencia de Jesucristo, y eso conlleva una forma diferente de abordar el tiempo. San Pablo expresa esto con la conjunción “como si”. Los cristianos deberían tratar el mundo y todas sus realidades “como si”. No se trata de huir y de rechazar el mundo y su tiempo, sino más bien de la experiencia de la liberación salvífica en Jesucristo: el mundo, sus realidades, y así también el tiempo, ya no tienen poder sobre el que creen en Jesucristo. Así, el cristiano vive “como si” estuviera en otro tiempo, en el tiempo de la fe, de la esperanza y de la caridad que trae la libertad, comparado al tiempo cósmico, social, sin fe. El tiempo es “corto”, “apretado”, de alguna manera está preñado, listo y tenso por el salto inminente hacia el encuentro final con Jesucristo. En este sentido, la experiencia de la “brevedad del tiempo” no aparece sólo, para los cristianos, con la vejez, sino que más bien surge del hecho mismo de la fe en Jesús. Por el sólo hecho de creer, para los cristianos el tiempo es “corto”. Esto es también así en el caso de los cristianos ancianos. “La brevedad del tiempo” no los aprisiona en un recuerdo desesperado y vacío del pasado, sino que los enfoca hacia el futuro, volviéndolos “preñados”, tensos y listos para el encuentro con Jesucristo. En este sentido, para los cristianos ancianos la “brevedad del tiempo” no es una amenaza, sino más bien una libertad, una liberación del tiempo de este mundo por un “salto” hacia el encuentro final con Jesucristo. Por último, en el tiempo de la “aceleración”,<sup>14</sup> cuando el hombre ha perdido el sentido del tiempo, los cristianos pueden, con un “tiempo desacelerado”, darle dignidad al tiempo, a la experiencia del tiempo y a todos los acontecimientos, cosas y personas en el tiempo.

Es esta forma de entender a la vejez como un “salto” de esperanza, encuentro y salvación lo que les permite a las personas ancianas aceptar pacíficamente la vejez y, en un espíritu relajado de esperanza cristiana en el encuentro con Cristo, aceptar su debilidad física y sus limitaciones. En este sentido, los ancianos no tienen que ser jóvenes a toda costa, lo que la sociedad moderna – en consonancia con una filosofía sin fe como la de Paul Konrad Liessmann – les exige a las personas mayores. Los ancianos aceptan su edad avanzada, porque es la edad de la esperanza, el encuentro y la salvación. No deben ser jóvenes a toda costa, no tienen que transformar su cuerpo en algo que no puede ser, en un cuerpo de plástico, artificial y grotesco. Del mismo modo, los cristianos ancianos no deben sentirse amenazados de ser viejos “culturalmente” o “burocráticamente”, porque se encuentran a las puertas del

---

<sup>14</sup> Véase H. Rosa, *Beschleunigung und Entfremdung: Entwurf einer kritischen Theorie spätmoderner Zeitlichkeit*, Berlin, 2013.

adviento, el encuentro con Cristo que otorga una plenitud que supera toda novedad y juventud terrenales. En este sentido, la vejez cristiana trae una entereza pacífica para aceptar las propias limitaciones acerca de la incomprensión de la nueva época, los nuevos acontecimientos y los nuevos pensamientos. Los ancianos admiten con tranquilidad que hay muchas cosas que ya no saben y no comprenden, y al hacerlo aprenden acerca de la vida de fe, una fe que de por sí implica ignorancia, una oscuridad como parte integral de la relación con Dios. Del mismo modo, los cristianos ancianos no tienen que ser “modernos” a toda costa, “modernos” con respecto al mundo; de hecho pueden y deberían ser “no modernos”, no configurados según este mundo (Rom 12,2). Para los ancianos, como también para todos los cristianos, la modernidad, la “contemporaneidad” implica sobre todo una “con-temporaneidad” con Jesucristo. Es esta “contemporaneidad”, entendida como un alejamiento y una crítica a la contemporaneidad con el mundo, lo que debería imbuir fundamentalmente a la vejez cristiana. La sabiduría de la vejez cristiana va en contra de la intoxicación y la obsesión del hombre moderno, y muchas veces de los cristianos modernos, con la contemporaneidad con el mundo.<sup>15</sup>

Además, en la vejez cristiana no debería haber lugar para el pesimismo, para una actitud negativa hacia todo lo que existe, en el sentido de que antes todo era mejor y que siempre será cada vez peor. Esto no quiere decir que la vejez deje de ser un problema para los cristianos. La vejez, como todas las realidades humanas, está también bajo el signo de la cruz, es decir que está imbuida de las experiencias de oscuridad, soledad, abandono y enfermedad. Los cristianos saben, en la fe, que el envejecimiento que lleva a la muerte es la consecuencia del pecado. Si no hubiera existido el pecado, es probable que todas las personas terminaran su vida a una edad muy avanzada sin muerte, llevados por Dios: “Henoc vivió en total trescientos sesenta y cinco años. Siguió siempre los caminos de Dios, y luego desapareció porque Dios se lo llevó” (Gn 5,23-24, Hb 11,5). Pero como está marcada por el signo de la cruz, la vejez para los cristianos puede y debe convertirse en la edad del “caminar con Dios”, la edad de la esperanza, la esperanza en el encuentro con Jesucristo y la Iglesia glorificada.

En este sentido, los ancianos cristianos, varones y mujeres, en vez de rociar a las nuevas generaciones con su amargura, suspicacia y negatividad hacia todo, deberían llevar esperanza, porque lo único que les queda a los ancianos es la esperanza de encontrarse con Jesucristo y, en Cristo, encontrarse con

---

<sup>15</sup> La idea de “no contemporaneidad” es también muy importante en la filosofía. Basta mencionar la famosa obra de Nietzsche, *Meditaciones Inoportunas*.

todos los santos y los seres queridos.<sup>16</sup> Así, en el contexto de la fe cristiana, la vejez se vuelve un lugar privilegiado de esperanza. Contrario a la sociedad de hoy del hombre desarraigado, la vejez puede y debe ser la edad del hombre arraigado, un hombre de fe cristiana que alienta, pero también liberación de la desesperación y el orgullo. Ya que tanto la desesperación como el orgullo surgen de una actitud espiritual desprovista de esperanza, donde no hay más una apertura hacia lo nuevo, donde todo está terminado de manera tal que lo único que queda es: o la desesperación por lo terminado que lleva a la nada, o la persistencia orgullosa en lo que hemos logrado nosotros mismos, sin permitir que exista algo nuevo que sea diferente de lo que hemos logrado nosotros. Es precisamente este espíritu de esperanza cristiana que surge del encuentro con Jesucristo lo que hace que muchas personas ancianas exhalen una frescura inusual y un espíritu juvenil, esparciendo a su alrededor optimismo, esperanza y aliento. Pero, cuando en la vejez no hay esperanza, queda una carrera desenfundada con la juventud, el pesimismo y la negatividad hacia todo lo que existe y hacia el futuro.

2. La pérdida del vigor físico puede y debe ser una oportunidad para llevar una forma de vida más verdadera y más provista de sentido. Esto fue particularmente enfatizado por Cicerón en su obra *De Senectute*. Una incapacidad o limitación respecto de los placeres corporales debe ser tomada como una oportunidad para un hombre para liberarse de los vicios de los placeres corporales que muchas veces lo aprisionan, haciéndolo adicto, y que no sólo tienen un efecto perjudicial en su salud física, sino principalmente en su salud espiritual. El hombre, abandonado a los placeres corporales, descuida su propia interioridad, su espiritualidad, y vive solo, incapaz de entrar en su propia interioridad. Es por ello que el debilitamiento físico y el disfrute de los placeres corporales representa en una edad avanzada una oportunidad para descubrir la propia interioridad y espiritualidad, aún más que durante la juventud y adultez. Por esto la vejez debe ser una edad de sabiduría percibida como una devoción hacia lo interior y lo espiritual, en la que la realidad es percibida y gustada desde lo más profundo, desde la contemplación, desde un alejamiento pacífico de las propias necesidades y los propios placeres, permitiendo de esta forma que la realidad se manifieste como tal. La sabiduría de la vejez consiste precisamente en alejar a jóvenes y adultos de la ideología de la “salud”, del egoísmo y de la hibridez de la vida sana. Constantemente nos olvidamos o nos negamos

---

<sup>16</sup> Ya Cicerón escribió sobre el regocijo [que sentiría] en el maravilloso día en el que finalmente iría a la “asamblea divina y a la asamblea de las almas”, es decir, a sus seres queridos: “O praeclarum diem, cum in illud divinum animorum concilium coetumque proficiscar cumque ex hac turba et conluvione discedam” (*De Senectute* XXIII).

a admitir que la frase famosa de Juvenal “*Mens sana in corpore sano*” contiene, al principio, una “plegaria”: “*Orandum est ut sit mens sana in corpore sano.*” En otras palabras, la oración, la vida espiritual y la relación con Dios es lo que puede otorgarle al hombre la salud del espíritu y la salud del cuerpo.

Asimismo, aquello que Cicerón tiene bien presente es la importancia del *convivium*.<sup>17</sup> *Convivium*, *convivialidad* es socialización basada en la verdadera conversación. De hecho, una conversación verdadera sólo es posible cuando un hombre se ha alejado de sí mismo, cuando al escuchar permite que el otro hable, cuando uno puede además hablar libremente sobre uno mismo, pero en efecto liberado de sí mismo. Una conversación de este tipo, como observó Cicerón, es imposible cuando los placeres del cuerpo prevalecen, cuando el hombre se ocupa de sí mismo y sus placeres. En este sentido, a la socialización humana le falta la *convivialidad*, el vivir con otros. Es por ello que en las relaciones sociales, cuando los placeres del cuerpo prevalecen, el hombre está en realidad socializando con sí mismo y sus placeres. Este es el motivo principal por el cual en muchas relaciones sociales hay poco y nada de conversación, o la conversación es tan superficial que a duras penas se la puede llamar conversación. Es más, ocurre con frecuencia en estas reuniones que uno usa al otro no sólo para los propios placeres corporales (para aumentar el placer en dos o tres), sino también para usar al otro para ciertos otros intereses (cierta información, conocimiento o persona conocida). En una palabra, dichas reuniones sociales no incluyen la dimensión de la *convivialidad*. En este sentido, para Cicerón la vejez es una oportunidad para descubrir el *convivium*, la verdadera socialización, la amistad basada en la conversación verdadera, una conversación que hace hombre al hombre.

Para los cristianos, la *convivialidad* cobra una importancia aún mayor si tenemos en cuenta que están invitados a nutrir la totalidad de su vida, y especialmente en la vejez, el hombre interior, es decir, el hombre que con-vive con Jesucristo en una conversación espiritual – oración y Eucaristía. Esto es exactamente a lo que se refiere San Pablo: “Por eso, no nos desanimamos: aunque nuestro hombre exterior se vaya destruyendo, nuestro hombre interior se va renovando día a día” (2 Cor 4,16). Aquí podemos volver a ver fácilmente el sentido que la vejez debería tener en la sociedad y el la Iglesia. Como un lugar de *convivialidad* con Dios y los hombres, la vejez debería hacer que el “hombre exterior” de hoy se dé cuenta de que puede seguir siendo hombre sólo si

---

<sup>17</sup> Cicerón, *De Senectute* XIII: “Neque enim ipsorum conviviorum delectationem voluptatibus corporis magis quam coetu amicorum et sermonibus metiebar. Bene enim maiores accubitionem epularem amicorum, quia vitae coniunctionem haberet, convivium nominaverunt, melius quam Graeci, qui hoc idem tum computationem, tum concenationem vocant, ut, quod in eo genere minimum est, id maxime probare videantur”.

continúa siendo *convival*, si vive su humanidad como co-humanidad, como una conversación con otro en razón de otro, una conversación que es siempre tanto espiritual como física. Es importante mencionar esto, teniendo en cuenta que el hombre de hoy no ya conversa ni espiritual ni físicamente si el cuerpo está expuesto y cuestionado por el mundo virtual de la comunicación moderna. Así, la necesidad que tienen las personas ancianas de hablar de sí mismas, en el caso de que permanezcan en la esfera de la *convivialidad*, representa una contribución significativa a la forma sabia de vivir.

3. Con respecto a la tercera dificultad de la vejez, la falta de, y el corte con, las actividades anteriores, la fe cristiana no invita a las personas ancianas a frenar con las actividades si su vigor físico está presente, ni a ser completamente pasivos en su vejez. Cristo advierte a todas las edades de la vida: “Y diré a mi alma: «Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, como, bebe y date buena vida». Pero Dios le dijo: «Insensato, esta misma noche vas a morir. ¿Y para quién será lo que has amontonado?». Esto es lo que sucede al que acumula riquezas para sí, y no es rico a los ojos de Dios” (Lc 12,19-21). Por supuesto, esto también se aplica a la vejez. Incluso en la vejez es peligroso para el hombre ser pasivo, no sólo por la salud del cuerpo, sino también por la del espíritu. Debemos continuar trabajando, abrimos a cosas nuevas, como Cicerón, por ejemplo, que empezó a aprender el griego a una edad avanzada.<sup>18</sup>

Por supuesto que el hombre está llamado a trabajar en su vejez en la medida de su capacidad física y de sus otras habilidades. Quizás deberíamos aceptar incluso hoy mismo el consejo de Cicerón: que la vejez debería ser vivida en la naturaleza, en el campo, ocupándose del cultivo y la jardinería.<sup>19</sup> Porque el hecho de estar en contacto con la naturaleza permite a los ancianos alejarse de sí mismos, y, por medio de la observación y el cuidado de la naturaleza en su jardín, entender y gustar de la vida de cerca, una vida que muere y una vida que nace, una vida que no es posible sin la muerte, y una muerte que lleva a una vida nueva. Esta es la razón por la que Jesucristo usa la imagen del grano de trigo que muere para indicar la vida de la fe (Jn 12,24), pero también la vida eterna que nace después de la muerte. En este sentido, vivir en la naturaleza, estar en contacto con la naturaleza por medio del cuidado amable y noble de sus frutos, no sólo hace que una persona sea vital, sino que también le

---

<sup>18</sup> San Agustín escribe a Jerónimo que es viejo pero que sigue queriendo aprender. Aunque las personas mayores enseñan más que lo que aprenden, el obispo de Hipona continúa diciendo que en la vejez “es sin embargo más apropiado para ellos aprender que seguir ignorando aquello que deberían enseñarles a otros” (Ep. 166, 1.1: *Quia etsi senes magis decet docere quam discere, magis tamen discere quam quid doceant ignorare*).

<sup>19</sup> Cicerón, *De Senectute*, XV-XVI.

enseña en cierta forma sobre la verdadera vida, una vida que debe transitar por la muerte, pero que también lo prepara noblemente, en el alejamiento de sí mismo, para la vida después de la muerte. Por eso, viviendo en la naturaleza, cultivando, la persona anciana de alguna forma experimenta de cerca la realidad de la muerte y resurrección que Dios ha imprimido en su creación.

Por el otro lado, los cristianos están llamados a actuar de acuerdo a su edad, a lo que es apropiado para esa edad, así también en el caso de la vejez. En este sentido, la vejez también implica la voluntad de renunciar, de renunciar a esas actividades que uno antes podía realizar. Para un cristiano, esto resultará más sencillo porque como creyente sabe que su dignidad no se extingue en el “hombre externo”, en sus actividades, obligaciones y ocupaciones externas. Su dignidad proviene de su interior, de Dios mismo, ante quien todo hombre, también como hombre viejo, tiene su dignidad de ser humano, especialmente la dignidad de hijo de Dios, independientemente del hecho de que esté trabajando o no, de si tiene la capacidad de trabajar o no, o de si es útil a la sociedad o no. Con base en este análisis, la vejez cristiana debería descubrir la importancia de la actividad contemplativa, es decir, desinteresada e inútil, en la cual se manifiesta la verdadera dignidad del hombre como creatura e hijo de Dios. Así, en tiempos de la actividad exclusivamente instrumental, la vejez, que no lleva la carga de esta actividad orientada al éxito, advierte a la sociedad entera, especialmente a los jóvenes y a los adultos, que el hombre pierde su dignidad cuando sólo se dispone de lo instrumental, cuando todo está subordinado a otra cosa, cuando el hombre se subordina a sí mismo a otra cosa en esta actividad. La sabiduría de los mayores, que descansa en la sabiduría del desprendimiento, se esconde precisamente en ese nutrir y mantener la actividad contemplativa, la observación de la realidad toda sin una orientación a un interés, la observación que sólo logra revelar la verdad de todas las cosas.<sup>20</sup>

Teniendo en cuenta este texto bíblico, sería una actitud incorrecta si las personas en la vejez pretendieran abocarse a una vida espiritual y religiosa que no pudieron mantener en la adultez. En primer lugar, una actitud tal desconoce la esencia de la vida de fe, que es la vida de inquietud espiritual, del reconocimiento de los propios pecados, la lucha contra los hábitos desordenados de cada uno, la vida de sacrificio y sufrimiento que nos lleva a la comunión con Dios.

---

<sup>20</sup> Por ello es que el filósofo Odo Marquard llama a la vejez la edad que debería calificar al hombre para la teoría (Cf. O. Marquard, *Theoriefähigkeit des Alters*).

4. Finalmente, con respecto a la cuarta característica de la vejez, la cercanía de la muerte, la vejez debe ser entendida con una preparación para la muerte, como *ars moriendi*. Bajo preparación para la muerte se entiende que los cristianos perciben a la muerte como un llegar al tribunal divino, donde existe la posibilidad de la condenación a la destrucción eterna. Por ello, la vejez representa una oportunidad de anticipar el juicio de Dios en esta vida, de re-examinar toda la vida, con un espíritu de admisión y remordimiento por los pecados de obra, pensamientos, palabras, pero también omisión. Así, para las personas ancianas, como para Abraham y Moisés, que en la vejez cambiaron como personas, la vejez puede ser un momento de gracia de “abandonarse a sí mismo”, de penitencia, arrepentimiento y conversión.<sup>21</sup>

En este contexto, es útil mencionar el pensamiento de Teilhard de Chardin. Él distingue entre dos tipos de pasividades, “las pasividades de crecimiento” (*les passivités de croissance*) y “las pasividades de disminución” (*les passivités de diminution*).<sup>22</sup> Ambos tipos de pasividades son importantes para la verdad de la vida del hombre. El primer tipo de pasividad indica que hay “pasividades” en la vida, ciertos acontecimientos externos que no dependen de nosotros, pero que nos ayudan en nuestro esfuerzo, nos sostienen, y a través de los cuales alcanzamos el éxito. Las pasividades de disminución son todos aquellos acontecimiento que nos impiden crecer, que nos “disminuyen”. Son de carácter externo e interno. Las externas son virus y bacterias que destruyen nuestro cuerpo, así como ciertos accidentes. Las pasividades de disminución internas son la desorganización, el desequilibrio mental, la degradación moral y la vejez. Estas pasividades de disminución internas alcanzan su punto máximo con la muerte. Según Chardin, para los cristianos las pasividades de disminución deben ser una oportunidad para entregarse a Dios, que “corta, talla y pule en nosotros la piedra que está destinada a ocupar un lugar definitivo en la Jerusalén celestial”.<sup>23</sup> Parecería que hoy a los hombres, a los cristianos, todavía les falta esta sabiduría, la sabiduría que implica la voluntad de aceptar estas “pasividades de

---

<sup>21</sup> San Juan Pablo II, en su *Carta a los ancianos*, n° 8 también ve la vejez como un “tiempo favorable”, como un tiempo de gracia: “a la luz de la enseñanza y según la terminología propia de la Biblia, la vejez se presenta como un «tiempo favorable» para la culminación de la existencia humana y forma parte del proyecto divino sobre cada hombre, como ese momento de la vida en el que todo confluye, permitiéndole de este modo comprender mejor el sentido de la vida y alcanzar la «sabiduría del corazón». «La ancianidad venerable —advierte el libro de la Sabiduría— no es la de los muchos días ni se mide por el número de años; la verdadera canicie para el hombre es la prudencia, y la edad proveya, una vida inmaculada» (4,8-9). Es la etapa definitiva de la madurez humana y, a la vez, expresión de la bendición divina”.

<sup>22</sup> Th. de Chardin, *Mileu Divin. Essai de vie intérieure*, Editions de Seuil, Paris, 1993.

<sup>23</sup> *Ibid*, pág. 93.

disminución”. Son precisamente las personas ancianas las que deberían buscar concientizar acerca de esta sabiduría, llevándola al mundo de hoy.

Esta forma de entender y vivir la vejez, la vejez que acepta las “pasividades de disminución”, es la que permite esa maravillosa actitud de relajación y suave humor en muchas personas ancianas, el humor expresado en esa voz dulce, suave y gentil, como bien observó Cicerón.<sup>24</sup> De cara a la muerte y al encuentro cercano con el Señor, las personas ancianas toman conciencia de que lo más importante en la vida, aquello que es lo único que permanece al final y lo único que puede darle plenitud al hombre, es el amor, el amor al prójimo y por el prójimo, el amor de Dios por nosotros y nuestro amor a Dios. La conciencia de lo más importante, de la importancia del amor, es lo que les da a los cristianos en la vejez la actitud de relajación y de suave humor hacia todo todas las cosas que son secundarias, no tan importantes, así como también hacia el “tener”, que vuelve al hombre “socialmente viejo”. Cicerón dijo ya que uno no se va de esta vida como si se dejara un hogar, pero más bien una pensión.<sup>25</sup> Para todos los cristianos, como también para los ancianos, esta vida es “una pensión”, porque “nosotros somos ciudadanos del cielo” (Flp 3,20). Es por ello que los cristianos ancianos no necesariamente deben volverse “socialmente viejos” si están libres del deseo codicioso por la riqueza. Los cristianos ancianos saben que lo más importante es “ser”, ser en Jesucristo, que los libera de toda fijación social en los éxitos, logros y honores de este mundo.

Esta misma actitud de relajación hacia el mundo permite a las personas ancianas decir, con paz y sin miedo, más allá de cualquier descaro, con coraje, la verdad acerca de las cosas, lo que no siempre ocurre en la juventud y la adultez, cuando uno todavía está abrumado por la plena atención dada al propio futuro, a la carrera profesional, al éxito, y sujeto a los “conformismos del futuro”.<sup>26</sup>

### 3. Conclusión

En el Nuevo Testamento, el anciano Simeón y la anciana Ana son ejemplos de una santa vejez cristiana (Lc 2,25-38). Es la vejez que teme a Dios y está llena de esperanza (Simeón era “justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel”, Lc 2,25), volcada a la oración y al servicio (Ana “no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones, Lc 2,37), pero

---

<sup>24</sup> Cicerón, *De Senectute*, IX: “Sed tamen est decorus seni sermo quietus et remissus, factique per se ipsa sibi audientiam disertis senis composita et mitis oratio.”

<sup>25</sup> Cicerón, *De Senectute*, XXIII: “Ex vita ita discedo tamquam ex hospitio, non tamquam e domo”.

<sup>26</sup> Cf. O. Marquard, *Zum Lebensabschnitt der Zukunftsminderung*, pág. 116ss.



también la vejez que mantuvo un espíritu semejante al de un niño. Los viejos Simeón y Ana sostienen a su hijo en sus brazos y reconocen en el niño Jesús al Dios único y verdadero. De cierto modo, a través de su devoción han conservado y nutrido el espíritu semejante al de un niño incluso antes de su encuentro con el niño Jesucristo. Esto los hace ser modelos de la verdadera vejez cristiana, que es aquella vejez que, por medio de la fe en Jesucristo, conserva un espíritu de niño. Así, el famoso dicho según el cual los ancianos se asemejan a los niños encierra mucha sabiduría. De hecho, la verdadera vejez devuelve al hombre a ese espíritu de niño, que es el espíritu de relajación, apertura, altruismo, el espíritu alegre tanto de la infancia como de la vejez, que es un aceptar con agradecimiento el depender de otras personas. Esta actitud de dependencia agradecida, como la de un niño, de Dios y de los otros, libera a la vejez de los peligros antes mencionados.

Pero también es cierto lo contrario. No sólo los ancianos necesitan conservar un espíritu como el de un niño, sino que los jóvenes y adultos deberían ser viejos. Podría decirse que todos los cristianos, independientemente de su edad, deberían vivir como si fuesen ancianos, de acuerdo a todas aquellas características cristianas que mencionamos antes. Para los cristianos, el ideal no consiste en ser jóvenes, como ocurre en la sociedad de hoy. Los cristianos de todas las edades son por igual, y deben ser en Jesucristo, tanto semejantes a los niños, como también jóvenes, adultos y ancianos. San Agustín resumió muy bien esto al hablar de la combinación de un espíritu de niño y un espíritu viejo en la vida cristiana: “Que la vejez sea infantil, y tu infancia como la vejez; es decir, que ni tu sabiduría sea con orgullo ni tu humildad sin sabiduría”.<sup>27</sup> Una vejez tal, la vejez que se vive en la fe y esperanza, es una bendición para la sociedad y para el mundo: “¡Qué bello adorno para las canas es saber juzgar y para los ancianos, ser hombres de consejo! ¡Qué hermosa es la sabiduría de los ancianos, la reflexión y el consejo en la gente respetable! Corona de los ancianos es una rica experiencia, y su orgullo, el temor del Señor” (Ecl 25,4-6).

*Traducción: Cecilia M. Di Cío*

---

<sup>27</sup> San Agustín, *En. in Ps.* 112, 2.